

Romana Petri

La comida de los domingos

Traducción
Pilar Eusamio
Zambrana



Tras *Donde quiera que yo esté*, Romana Petri vuelve a las librerías con la continuación de esta conmovedora e intensa saga familiar, con el telón de fondo de una Lisboa perturbadora y luminosa. Como una escrupulosa investigadora de los sentimientos, la autora indaga en los vínculos familiares a través de la historia de tres hermanos en busca de sí mismos y de su pasado. Rita, Vasco y Joana Dos Santos, continúan aquí la saga iniciada por sus parientes: los abuelos Manuel y Ofelia Ramalhete y la hija adoptiva Maria do Ceu. Tiago, el padre de ellos, el perfecto arribista de los nuevos tiempos de un país que conoce una transformación económica y social, ha rehecho su vida junto a Marta, una mujer resentida que lo empuja a romper todos los lazos con su pasado. Sin embargo, para mantener el contacto con sus hijos, todos los domingos Tiago reunirá a la familia en torno a la «sagrada comida de los domingos». Durante uno de estos encuentros, los tres hermanos compartirán un descubrimiento sorprendente: ninguno de ellos conserva recuerdos del pasado. ¿Por qué han borrado todo? ¿Su vida ha sido tan infeliz como para olvidarla casi por completo?

A mia madre, sempre

1

Todo había terminado ya. Por el momento no se esperaban tiempos mejores. Por lo demás, ni siquiera la descripción más detallada de aquel dolor habría podido curarlo.

En aquellos días de finales de noviembre, el cielo de Lisboa estaba cargado de lluvia. Las nubes se movían veloces con el viento, pero cuando paraban arrojaban un agua oblicua que parecía correr siempre en dirección al mar. Algunas veces, por la tarde, bajaba sobre el Tajo una niebla pesada y oscura cubriéndolo totalmente que hacía que pareciese que el puente 25 de abril estaba suspendido, un hilo tenso que atravesaba el río de punta a punta. Si hubiese crecido la niebla, lo podría romper. El desafortunado visitante de aquellos días habría encontrado una Lisboa muy distinta de esa otra deslumbrante que resplandecía en las imágenes de todas las guías turísticas.

Vasco Dos Santos cerraba su galería en *travessa dos Fiéis de Deus* cada día más tarde. Nunca tenía ganas de volver a casa con su hermana Rita, intentaba llegar cuando ella ya se había metido en la cama. Tenían horarios diferentes, no era difícil evitar encontrarse. Ella se levantaba a las seis de la mañana para ir a trabajar a veinticinco kilómetros de casa, en una sede del Banco Millennium, a las afueras, y hacia las siete de la tarde ya estaba en casa, ce-

naba, veía un rato la televisión y se iba a dormir. No siempre le dejaba la cena preparada.

Vasco, por el contrario, no se levantaba nunca antes de las diez y por la noche solo volvía a casa cuando encontraba el camino. Cerraba la galería bajando el cierre con el pie derecho, pero con la mirada dirigida al cielo, que aquellos días no encontraba paz. Las nubes enormes se movían en el aire a gran velocidad y no se veían las estrellas. Respiraba el aire salobre del Tajo cuando el viento lo llenaba de Atlántico, respiraba profundamente y con dificultad, nunca a pleno pulmón, después echaba el candado y se quedaba otro rato allí, delante de la galería cerrada, como quien se ha olvidado de algo. Tras unos instantes, con las manos en los bolsillos, se preguntaba dónde podía haber aparcado el coche, en qué callejuela del Bairro Alto. Algunas veces, con un poco de esfuerzo, lo recordaba; otras, se veía obligado a dar vueltas con las llaves en la mano apretando continuamente el botón de apertura con la esperanza de ver por algún lado el destello de los faros. Caminaba por aquellas callejuelas sin ninguna preocupación, como si encontrarlo no fuese importante. A menudo llegaba muy tarde por esta razón, caminaba mientras su estómago le recordaba que estaba vacío desde hacía mucho tiempo. Le acompañaba aquel doloroso gorgoteo y alguna vez también un perro callejero que notaba en sus zapatos un viejo olor a pis de gato. El loco de Zacarías, Zaca el dominador, aunque estaba castrado había conservado intacta la necesidad de marcar el territorio en una casa en la que era el único gato. Y dependía mucho de la actitud que las personas de casa tenían con él. Era susceptible, bastaba una mínima falta de atención para que sintiese, de inmediato, el deseo de vengarse. No elegía nunca los objetos de forma casual, elegía solo los más nuevos. Aquella vez le había tocado bautizar los zapatos que le había regalado su padre el año anterior por Navidad. Había vuelto a casa con la caja en la mano; des-

pués, los puso debajo de la cama, dejando la caja vacía en el sillón; cuando iba hacia la cocina se dio cuenta de que el gato había conseguido abrir el frigorífico y estaba allí dentro comiéndose la carne picada que su madre había comprado para la comida del día siguiente.

«¡Zaca!», le gritó sacándole a la fuerza.

El gato emitió un maullido casi imperceptible, cavernoso, y después salió rápido de la cocina. El tiempo justo para llegar a su habitación y captar rápidamente el olor ácido.

«¿Dónde lo has hecho?», le preguntó.

Zaca se metió en lo alto de la librería de un salto, sobre la estantería más alta, caminando sobre los libros porque sabía que para Vasco eran importantes y así también podía tirarlos.

«Baja de ahí».

Vasco se puso a oler cada ángulo de la habitación. No era fácil saber de dónde venía aquel hedor que impregnaba todo. A continuación, se agachó para mirar debajo de la cama.

«Bravo», le dijo. «Ni siquiera me los he puesto una vez».

Los había lavado y dejado durante mucho tiempo en la terraza. Al final, el olor se había mitigado y, con el uso, parecía haber desaparecido. Pero no para los perros y los otros gatos que lo empezaban a marcar con curiosidad cuando Vasco aparecía de noche por las calles del Bairro Alto.

El amor que Vasco sentía por los animales no le permitía acariciarlos. Les sonreía a todos, se dejaba seguir en su búsqueda del coche, alguna vez les hablaba. Pero la mano no la alargaba jamás, ni siquiera para una leve caricia. Le parecía una falta de respeto.

Con su hermana Rita las cosas iban mejor cuando estaban lejos. De día se llamaban un par de veces. Siempre las mismas preguntas, como por obligación. Cómo va, qué

habían comido, si habían hablado con alguien. La cuarta pregunta se refería a los otros dos miembros de la familia: el padre y Joana, la gemela de Vasco.

Rita había empeorado mucho desde que su madre murió. Por otra parte, todos se habían preguntado siempre «¿qué sucederá después?». Maria do Ceu se lo había preguntado durante toda su larga enfermedad. Fue su primer pensamiento desde que le dieron el diagnóstico. Una hija en esas condiciones en manos de la brutalidad de este mundo. Se había llevado la mano al estómago y todo el pasado se había vuelto voraz. Había repasado su vida desde el nacimiento y, luego, todas las operaciones, una por una, las que habían dado a su rostro una fisonomía más aceptable. Quince operaciones a cráneo abierto para enderezar lo que la naturaleza le había puesto en la cara a voluntad, como si justo se hubiese emperrado con el rostro de su hija de ese modo tan cruel. Como si hubiese empezado a jugar para terminarlo, pero en un momento determinado hubiera dejado el juego para ocuparse de otra cosa. Maria do Ceu siempre había pensado eso de la naturaleza, que era bizarra, buena pero caprichosa y que además seguía los cambios de humor de la luna. Cuando construía un cuerpo en el vientre de una madre, estaba allí componiendo un puzle con paciencia, poniendo cada pieza en su lugar. Pero luego estaban las lunas crecientes y las menguantes, estaban las mareas. Y de vez en cuando la mano hacía un gesto brusco, entonces, era capaz de ponerse nerviosa, descomponer todo e ir a construir algo mejor a otro lugar. Le había tocado a ella, pero ella no se había rendido, se había rebelado contra aquel trabajo mal hecho. Se había puesto manos a la obra confiándosela a un cirujano inglés que, año tras año, en Londres, había intentado arreglar la obra inconclusa que se había encontrado de frente.

Pero después de su muerte, ¿qué habría sido de una hija así? De una chica de treinta años siempre furiosa, con

aquellos nervios hechos triza, que le bastaba nada para que saltase por los aires. Le habían tenido que reconstruir todo, también dentro de la boca, por eso hablaba de una manera extraña, nasal, a veces parecía que aquella voz, en vez de salir, estuviese entrando al fondo de la garganta. De vez en cuando, incluso ellos que eran su familia, no la entendían. Y entonces nadie sabía lo que podía desencadenarse en aquella especie de minúsculo saltamontes de menos de cuarenta kilos. Se volvía aterradora, se agigantaba, su boca era una vorágine por cómo gritaba. De ella impresionaba todo, siempre, podía parecer un grillo, una cigala, pero siempre en formato grande, en formato humano, como en aquellas películas de fantasía donde al final, después de tanta desgracia, los insectos enormes dominan el mundo. A menudo, ante aquella metamorfosis, tenía que bajar la mirada, incluso ella que era la madre, cuando se enfadaba de aquella manera; que Dios la perdonase, pero parecía un monstruo. Le robaba todas las energías, sentía como si llevase dentro del cuerpo una pajita que alguien absorbía, absorbía y absorbía hasta la médula.

Maria do Ceu había muerto en el hospital, a primera hora de la mañana de aquel 15 de noviembre. Ninguno de sus tres hijos, pese a haber hecho turnos para no dejarla sola ni un instante, estaba a su lado. Una enfermera les dijo que había empezado a respirar mal a una hora determinada de la noche. Le habían puesto el oxígeno y parecía que estaba mejor, pero luego le había dado una convulsión en todo el cuerpo y, después de unos segundos, había muerto. Dijo eso y especificó la hora, las seis y veintidós. Y los hijos, que se habían precipitado tras la llamada del hospital, la encontraron tendida, en la misma posición en la que la habían dejado la noche anterior cuando fueron a verla todos juntos. Vasco cerró sus preciosos ojos azules mientras la enfermera les daba aquella poca información. Una enfermera joven a la que no habían

visto nunca. A lo mejor era nueva. De todo el desorden que invade a quien se encuentra ante la persona amada sin vida, el dolor más intenso, en la mente de Vasco, se lo produjo la hora de la muerte. Como si desde aquel momento, aquella hora, representase la última posibilidad de poderla encontrar todavía viva. Se sintió invadido por el peso fulgurante del tiempo. Le pareció que estaba haciendo un cálculo de todas las horas que había pasado junto a su madre desde que naciera. Y luego restó aquellas en las que no habían estado juntos y le parecieron demasiadas. La primera impresión que tuvo de la muerte fue la de no haber aprovechado el tiempo que habían tenido a su disposición durante veintiocho años. Los días ya habían pasado, del primero al último, sin que nunca se hubiera dado cuenta de su tremenda fatalidad. Desde aquel momento, a menudo, durante el día, le venía a la mente siempre la misma frase: la fatalidad de los días.

Aparte de las hermanas, le quedaba su padre. Pero ¿podía de verdad considerarlo un padre? Había abandonado a su madre cuando Rita tenía menos de tres años y él y Joana tenían uno. Se había ido con otra mujer para huir de la tragedia de la hija, porque no tenía ganas de seguir las ideas de Maria do Ceu, que quería poner en orden lo que la naturaleza había hecho al azar. El tiempo, siempre el tiempo. Su padre lo perseguía. La vida como un vestido que se hubiera cosido solo. Pero para hacerse lo tenía que ser libre, sin las cadenas de una familia nacida bajo una mala estrella, sin el dolor. Y eso había hecho. A lo mejor se había puesto delante de un espejo y, metafóricamente, se había quitado esa familia, prenda a prenda, los veía caer al suelo como si ya no fueran suyos. Y cuando la había recogido para tirarla, lo hizo con dos dedos, como si todavía tuviese miedo de infectarse. El optimismo ardiente de Tiago, el camino largo, ancho y en línea recta que había visto siempre ante sí. No había tenido en cuenta los obstáculos. En su idea de vida, los obstáculos se derriba-

ban para poder acelerar el paso y no mirar atrás. Habría bebido el suero del olvido voluntariamente, se habría emborrachado. Pero Tiago también era un hombre pragmático y no quería que en el futuro le pasara factura. Encontró una solución. Cuando se lo permitiera su trabajo, cuando dejase de viajar por el mundo para conseguir contratos para empresas importantes, el domingo, cada domingo de su vida, se lo dedicaría a la comida con sus tres hijos. Una cosa rápida, nada familiar. Marta, su nueva compañera con la que se casaría tras unos años, vio a Rita por primera vez cuando tenía once años y los gemelos, nueve. Durante todo ese tiempo, Tiago le había pedido que respetase su silencio. Y Maria do Ceu se lo había concedido. Era fácil, un juego de niños bastaría con mantener todo separado. Ahí estaba el secreto, quizá la astucia, para un camino fácil y con pocos problemas. Todo programado, incluso sus obligaciones hacia aquella hija las resolvería presentándose en Londres para cada operación; esperaba el resultado de la operación para volver sin siquiera esperar a que le quitaran las vendas. Su nuevo rostro anual lo vería cuando volviese a Lisboa con su madre. Era un padre, no una madre. Los padres tenían otras obligaciones. Tampoco se planteó nunca el problema de sus diferencias económicas. Él escalaba puestos y su sueldo aumentaba, Marta también había encontrado un buen trabajo en una gran empresa en la que tenía posibilidades. Cómo vivirían Maria do Ceu y sus tres hijos durante la semana no era su problema. El domingo los llevaba a restaurantes preciosos a la orilla del Tajo y, después, a jugar al prado de Belém. El tiempo que transcurría entre que iba a buscarlos al barrio de Benfica y los llevaba de vuelta a casa era como mucho de cinco horas. Haciendo cuentas, cinco horas a la semana era suficiente. No todos los domingos, claro, a menudo él no estaba, pero aquellos domingos que faltaba los recuperaba con un viajecito de una semana en verano. ¿Se acordaba Vasco de aquellos viajes? Solo gracias

a las fotografías que le ayudaban. Su cara de niño siempre sonriendo. Pero ¿se puede uno fiar de la sonrisa de una fotografía? No se acordaba de nada más, solo de las imágenes ordenadas cronológicamente en tres álbumes que un día su hermana Rita le había regalado. Los cogió y los guardó en un cajón. Todavía de vez en cuando prueba a mirarlos. «¿Quiénes sois?», se pregunta pasando las páginas. «¿Nos conocemos?».

Los recuerdos le pasaban rápidamente. Para los pocos que recuerda él se precisa poco tiempo. Son más bien imágenes que se superponen y no tienen fecha. Ellos cuatro en una cafetería de Túnez, por ejemplo. Joana, que había tenido miedo durante todo el viaje.

«¿Qué te pasa?», le había preguntado el padre.

«No me gustan los árabes», había contestado ella. «Me dan miedo y quiero volver a casa».

La única que no sonríe nunca es Rita. Con las gafas apoyadas sobre aquella nariz sin hueso, el pelo rapado por la última operación en Londres. Dentro de aquella ropa que le quedaba grande. No es que le compraran la ropa grande, es que no había de su talla. Y sin embargo comía mucho, de los tres era la que más comía. Todo lo que ingería se lo comía la furia, la rabia que ya entonces la dominaba y hacía que cada día se preguntase una y otra vez: «¿Por qué a mí?». La pregunta no iba dirigida a todo el mundo, iba directa a su núcleo. ¿Por qué ella y no uno de sus hermanos que no eran solo normales, eran guapísimos? ¿Por qué esa brutalidad del contraste, por qué tenía que verlos siempre en casa? De pequeña había pensado muchas veces en matarlos, sobre todo a Joana, que era chica y a los doce años ya la miraban todos los chicos por la calle. Joana, que se cubría de sombra porque sentía toda su belleza como una culpa que tenía que pagar a Rita.

Joana la odiaba desde la infancia. La madre se había dedicado a esa luciérnaga, cada capricho suyo valía más que una cabeza rota de uno de ellos. Y mira que Vasco y

ella habían hecho cosas, hasta meterse un lápiz por la nariz para poder tener a su madre al lado solo para él en la ambulancia. Es uno de sus recuerdos más nítidos, ellos dos, allí dentro, con la madre al lado, ambos imitando el sonido de la sirena como si fuese el canto de la victoria.

En el fondo al padre ni siquiera lo conocían. Aquel rato que pasaban en torno a una mesa en el restaurante, las visitas aceleradas al prado de Belém no ayudaban demasiado. Tiago, alto y delgado, de pie con la cara inexpresiva esperando que esas horas pasasen deprisa para volver a su casa, terminar una redacción, preparar un tema. En su casa, nunca habría una habitación para sus hijos. Y por respeto a Marta tampoco una foto, tenía una sobre el escritorio de su despacho. Los hijos crecían y él, por ahorrar, no la cambiaba. Marta, por respeto a Marta. ¿Qué clase de mujer era? ¿Solo porque ella no tenía hijos tenía que odiar a los de Tiago hasta ese punto? Ella había querido romper totalmente aquella relación. Una forma extraña de orgullo obtuso le impedía ver la parte positiva. Marta, sin amigas, hija única de una madre que había perdido a su marido cuando ella tenía seis años. Se había casado de nuevo, claro, pero luego había enterrado también al segundo y desde ese momento, había ejercido todo el dominio sobre su hija. Un dominio malo, perverso, con la única intención de ser servida sin demostrarle ni amor ni reconocimiento. La vieja, como la llamaban ellos tres. La madre era la vieja y Marta, la bruja. Tiago había hecho algún viaje con ella y Rita cuando por fin se la presentó a sus hijos. Subía al avión y sabía que iba con dos titanes. Marta, falsa, fingía ser amorosa con aquella criatura; luego, en privado, con la vieja, la llamaba «el monstruito». Pero no podía decirselo a Tiago, por nada del mundo, con todos los complejos que sentía, no podía saber que no amaba a esa hija. Y con Vasco también tenía que estar atenta, el único hijo, el que llevaría la estirpe. Solo con Joana se podía permitir algún lujo. Y, de hecho, con el tiempo consiguió incluso

que le resultara antipática a su padre. Pobre Joana, tan frágil, siempre dispuesta a llorar, incluso ya de adulta, por las frases crueles de aquel padre de hielo. El poder de persuasión, la capacidad de influir sobre los demás cuando se convive. Trabajar en la sombra. Joana, tan guapa, diferente a la madre que también había sido guapísima, ese era motivo más que suficiente para detestarla. Joana, alta y esbelta, con aquella cara siempre entre el dolor y la malicia. Le recordaba a Maria do Ceu, era su hija, aquella que Tiago había tenido con una mujer guapa. Es verdad que después la había dejado por ella, que no era guapa. Pero cuánto dolor, cuánto sufrimiento sentir en lo más profundo que aquella elección venía unida a un momento particular del destino. Tiago habría huido con cualquier otra mujer que hubiera encontrado en aquel periodo, empujando hacia abajo, cerrando a la fuerza un tapón, el amor por Maria do Ceu. El amor... El que sentía él, claro, el que se quedaba siempre en la superficie y que con un movimiento podía eliminar como si fuera polvo. Pero con la excusa de que era la madre de sus hijos, siempre que necesitaba un consejo iba a verla.

«¡Madre mía!», decía Maria do Ceu cada vez que se iba. «Pero ¿este hombre no tiene una mujer?».

Ante la enfermedad se había alejado. A Tiago las enfermedades de los demás le habían producido siempre un efecto negativo, le hacían pensar en las que le podrían venir a él.

«Vuestro padre me mira como si ya fuese un cadáver», decía Maria do Ceu a los chicos cuando Tiago salía de su casa con aquella cara de circunstancias.

Ni siquiera le había dado tiempo a terminar de bajar las escaleras cuando María do Ceu ya estaba tocando madera.

La tranquilidad de Marta llegó el día que murió. Se encerró en el baño y se puso a llorar de la alegría. Muerta, borrada, ni siquiera tierra para garbanzos porque pidió

que la incineraran. Nada, nada de nada, polvo, polvo, solo eso. Después, salió del baño, no sin antes haber puesto, delante del espejo, una expresión contrita para poder enseñársela a Tiago.

Marta, con aquella manera de hablar con todos, porque sabía que ninguno era su amigo. La cabeza inclinada a la derecha y los ojos bien abiertos mirando hacia abajo, las manos apoyadas una sobre la otra. Y en cada pausa una sonrisita, siempre mirando hacia abajo, con los ojos muy abiertos. Nada que ver con la mirada de Maria do Ceu, ni con el brillo azul de sus ojos, la barbilla siempre ligeramente en alto. Marta acechante, concentrada siempre en Tiago, centrada únicamente en alejarlo del pasado.

En el funeral de Maria do Ceu, ni siquiera se dirigió a los hijos, que estaban allí destrozados, para decirles una sola palabra, con aquella lluvia fina al principio y fuerte después. Vasco se había girado para mirarla con furor, mientras ella apretaba la mano de su legítimo marido, como diciéndole que ya no podía mirar atrás de vez en cuando. Ella lo conocía bien, la muerte le daba mucho miedo. Ahora que Maria do Ceu se había ido, pensaría menos en ella. Desviar los pensamientos de la muerte, los ambiciosos no tienen tiempo para pensar en la muerte. Tiago debía de tener una lista hecha con todas las cosas que podían afectar a su carrera. Cada cosa colocada sobre su mesa y, luego, había prendido fuego, a todo.

Los faros se encienden. Por fin. Allí estaba. Mira el reloj, ya son más de las diez. Cada vez que levanta los ojos al cielo, siente una especie de mareo, vértigo. Cuando empezó la enfermedad de su madre no estaba así; al principio, le parecía que estaba más fuerte. Después, lentamente, había empezado a derrumbarse. Cuanto más tiempo pasaba más sensación tenía de que su pensamiento no tomaría la forma del recuerdo, sino la del remordimiento.

Además, durante el último año todo había empeorado. Al final, se había perdido, acosado por pensamientos que

lo llevaban muy lejos, pero sin llegar a nada, como si fuesen sueños que iban entrando uno dentro del otro. Se metía la mano en el bolsillo, apretaba con el dedo el blíster y sacaba una pastilla de Atarax que ponía debajo de la lengua. En el bolsillo de la camisa, el bulto del Ventolin. Pulverizaba primero una vez en el aire, después, en la boca, aspirando fuerte. Su madre estaba muriéndose y él enfermaba de asma y empeoraba gradualmente, como si la acompañara.

Sube en el coche y se queda con la boca abierta como si dejara que bajase el oxígeno que acababa de inhalar. Antes de encender el motor, prueba a respirar, espera a sentir que puede llegar hasta el fondo. Entonces, abre ligeramente la ventanilla de su lado, aunque sabe que está a punto de llover, y antes de quitar el freno de mano se enciende un cigarro.

Mientras conduce atravesando el Chiado, mueve la cabeza mirando la carretera que a esta hora parece siempre mojada. «Un poco de oxígeno artificial para poder fumar», dice en voz baja. Sonríe. Nada, ni siquiera la hoja que teme que pueda saltarle encima y raptarlo para siempre consigue borrarle esa sonrisa eléctrica. Su madre siempre se lo señalaba con el dedo en todas las fotografías.

«¿Lo ves, Vasco? Todo alrededor de tus labios, como una luz. Yo no lo he visto nunca en mi vida, a lo mejor solo lo tienes tú», le decía girándose hacia él.

Ahora era él quien le tocaba los labios con un dedo, casi como si dibujase los contornos. Los labios delicados de su madre, la fosforescencia de un pez. Y su perfil perfecto, las orejas pequeñas, la pasión de sus ojos, aquel azul que a veces parecía comerse el blanco, romper los diques.

A aquella hora, por las calles de Lisboa no había casi nadie. Por la Baixa paseaba algún pobre diablo doblado por el exceso de alcohol. Hablaban solos y de vez en cuando se paraban para decir algo en voz alta. Era como